



October 15, 2017

Twenty-eighth Sunday of Ordinary Time

On this mountain the Lord of hosts will provide for all peoples a feast of rich foods and choice wines...

—Isaiah 25:6

Dear Friends;

Once there was a wealthy woman who was inordinately proud of her fine mansion and beautiful gardens. She was very materialistic and scarcely gave a thought about others. Her faithful old gardener looked at the world very differently from her view. Despite being poor, he saw the world as a wonderfully beautiful place full of simple things like the flowers he tended or the birds who sang to him as he worked or the beauty of the floating clouds overhead. From the little he had he was always ready to help anyone where he could.

The wealthy lady died and she looked around heaven for her rightful dwelling. She was directed to a crude tumbled down shack. “I think there has been some mistake here,” she said. “I have always been used to something really worthy. I had a fabulous house, sixteen rooms—luxurious, the best money could buy. But this?” Then she saw a beautiful house being built nearby, it was almost finished. Filled with hope she said, “Now how about that one? That’s the sort of place I would like.” The reply came, “Sorry, Ma’am, you can’t have that; we’re getting that ready for your gardener when he comes.” “My gardener? But he’s only used to a tiny cottage; why couldn’t you prepare one like that for me?” The heavenly housing officer replied, “Impossible, Ma’am, it is out of our hands; we can only build with the materials sent up by the future occupant. He sent us magnificent material, always. Yours was a bit sub-standard you must admit.”

Both Isaiah and Jesus give us the image of a huge banquet as a metaphor for the Reign of God. Meals in the Middle East are signs of relationship. Great care was given about accepting an invitation. Who was invited? What is their social status? Has the host given adequate preparation for the event? Will those attending have greater or lesser social status than me? If they are of a lower status, that won’t reflect well on me. If they are of a higher status, that will raise me up in my standing in the community. The social conventions were a lot to navigate.

In the passage from Isaiah God is the host giving the party and all are invited. Because God is greater than all, he bestows mercy and forgiveness to all the invited, and all are invited. In the parable of Jesus some refuse the invitation. They give lame and insulting excuses. What it comes down to is they are not happy that all are invited. The leaders of the people want to maintain their separate and superior status to the rest of humanity whom they deem sinners. These “shepherds” of the people will not be sullied by the company of those they deem to be lesser humans. And thus they exclude themselves from the banquet of life that God prepares.

The invitation of Jesus is to love without boundaries. We begin by recognizing our own unworthiness before God, but also God’s compassionate love for us. Whatever heaven will be begins here and now by the quality of our love—not just for those who look like us or love us back. Our love must extend even to those who are different—different culture, language, race or religion. Our love must forgive those who have wronged us. Our love must ask for forgiveness of those we have wronged. We must liberally give our love away. And as St. Francis of Assisi said the only thing that we take with us when we die is what we have given away.

Peace,

Fr. Ron

Esta carta está en español en el sitio web: www.stannechurchbyron.com



15 de Octubre, 2017

Vigésimo Octavo Domingo en Tiempo Ordinario

En esta montaña, el Señor de los ejércitos proporcionará a todos los pueblos un banquete de ricos alimentos y vinos de elección ...

— Isaías 25:6

Queridos Amigos;

Una vez había una mujer adinerada que estaba muy orgullosa de su hermosa mansión y hermosos jardines. Ella era muy materialista y casi nunca pensaba en los demás. Su viejo y fiel jardinero miraba el mundo de manera muy diferente al punto de vista de ella. A pesar de ser pobre, él veía el mundo como un lugar hermoso maravilloso lleno de cosas simples como las flores que él cuidaba o los pájaros que le cantaban al trabajar o la belleza de las nubes que flotaban en el cielo. De lo poco que tenía siempre estaba dispuesto a ayudar a cualquiera cuando pudiera.

La mujer adinerada murió y buscó a su alrededor en el cielo por su legítima morada. Fue dirigida a una choza humilde y fachosa. "Creo que ha habido un error aquí", dijo. "siempre he estado acostumbrado a algo realmente digno." Yo tenía una casa fabulosa, dieciséis habitaciones, lo mejor que el dinero podría comprar. ¿pero esto? Luego vio una hermosa casa que estaba casi terminada de construir. Llena de esperanza, dijo, "¿ahora qué tal esa?" Ese es el tipo de lugar que me gustaría. La respuesta llegó, "lo siento, señora, no puede tener esa;" estamos alistándola para cuando llegue su jardinero. "¿mi jardinero?" Pero él sólo está acostumbrado a una casita pequeña; ¿por qué no puede preparar una así para mí? El oficial de la vivienda celestial respondió: "imposible, señora, está fuera de nuestras manos;" sólo podemos construir con los materiales enviados por el futuro ocupante. El nos envió siempre materiales magníficos. Usted debe admitir que el suyo era un poco de mala calidad"

Tanto Isaías como Jesús nos dan la imagen de un enorme banquete como metáfora del Reino de Dios. Las comidas en Oriente Medio son signos de relación. Se daba gran cuidado en aceptar una invitación. ¿Quién era invitado? ¿Cual es el estatus social? ¿el anfitrión ha dado la preparación adecuada para el evento? ¿los asistentes tendrán mayor o menor estatus social que yo? Si son de menor estatus, eso no me hará ver bien. Si son de un estatus más alto, eso levantará mi posición en la comunidad. Las convenciones sociales eran muchas.

En el pasaje de Isaías Dios es el anfitrión dando la fiesta y todos están invitados. Porque Dios es más grande que todos, él otorga misericordia y perdón a todos los invitados, y todos están invitados. En la parábola de Jesús algunos rechazan la invitación. Dan excusas patéticas e insultantes. Al final, es porque ellos no están contentos de que todos sean invitados. Los líderes del pueblo quieren mantener su estatus separado y superior al resto de la humanidad a la que consideran pecadores. Estos "pastores" del pueblo no serán mancillados por la compañía de aquellos que consideran seres humanos menores. Y así se excluyen del banquete de la vida que Dios prepara.

La invitación de Jesús es amar sin límites. Comenzamos reconociendo nuestra propia pequeñez ante Dios, pero también el amor compasivo de Dios hacia nosotros. Como sea que sea el Cielo comienza aquí y ahora por la calidad de nuestro amor-no sólo para aquellos que se parecen a nosotros o nos aman de nuevo. Nuestro amor debe extenderse incluso a aquellos que son diferentes: cultura, idioma, raza o religión. Nuestro amor debe perdonar a los que nos han agraviado. Nuestro amor debe pedir perdón a los que nos han hecho mal. Debemos dar amor liberalmente. Y como dice San Francisco de Asís, lo único que nos llevamos al morir es lo que hemos dado.

Paz,

Fr. Ron

Esta carta está en español en el sitio web: www.stannechurchbyron.com